

PEDRO MIGUEL LAMET, *La santa de Galdós. Ernestina Manuel de Villena (1830-1886). Un personaje histórico de Fortunata y Jacinta*, Madrid, Trotta, 2000, 266 pp., ISBN 84-8164-389-0.

Pedro Miguel Lamet es poeta, periodista, ensayista y biógrafo. Antes de esta biografía ha escrito las de Pedro Arrupe, Juan Pablo II, José M.<sup>o</sup> Rubio, Luz Casanova y Pedro Claver, además de adentrarse en el mundo de los confesores reales, en el que esboza también algunas biografías. La que ahora presento es, en gran parte, distinta a las anteriores. Se centra en un personaje real que Benito Pérez Galdós aprovechó para su mejor novela: *Fortunata y Jacinta*. En ella aparece Guillermina Pacheco, calco, confesado por Galdós, de Ernestina Manuel de Villena.

En realidad el libro de Lamet es la conjunción de tres estudios. Uno se centra en el novelista canario y, más en concreto, en su debatida postura ante lo religioso y la fe, sobre la que arrojan luz indudable este personaje y su actitud ante él. Otro se dedica a estudiar el personaje de la novela citada. El más largo y el más interesante para la temática de esta revista es una biografía del personaje real. Aunque independientes, los tres estudios se engarzan y orientan a un fin.

Esta biografía hacía falta. Sólo existía una, escrita en 1908. Como, por otra parte, el proceso de beatificación de Ernestina se estancó pronto por falta de dinero y de una institución que la apoyase, es explicable que ahora se interesen por ella quienes fueron colaboradores directos en su obra: los Hermanos de Lasalle. En la petición de uno de ellos al autor está el punto de partida de este libro.

Ernestina es un personaje distinto dentro del panel de excelentes mujeres y hombres de Iglesia de la España del xix. Nació el mismo año que Isabel II, hija de un diplomático: por eso vio la luz en Italia y recorrió Europa en sus primeros años. No acabamos de conocer al fondo su itinerario espiritual: en parte por su pudor para hablar o escribir de sí misma, en parte por su independencia —no estuvo ligada en exclusiva a nadie— y en parte por ser ante todo persona de acción. En un ambiente donde la mujer no era ni mucho menos protagonista de acciones externas, Ernestina lo fue. En esto no se distingue de otras mujeres, que también fundaron obras de acción, con algunas de las cuales se relacionó: Vicenta López Vicuña, fundadora de las Hijas de María Inmaculada (Servicio doméstico), Micaela del Santísimo Sacramento, Vizcondesa de Jorbalán, que fundó las Adoratrices, o la madrileña Soledad Torres Acosta, la que creó las Siervas de María. Como ellas, Ernestina se sintió llamada a solucionar problemas de personas necesitadas desde una convicción evangélica. Pero algo la diferencia de estas fundadoras y de otras. Ella no quiso ser monja y tampoco quiso casarse, aunque no le faltaron oportunidades para una y otra vía. Mantuvo su independencia y dedicó su vida y su capital a la atención a los «niños de la calle», los huérfanos o abandonados que no tenían familia, ni techo ni posibilidad de aprender un oficio. A base de gestiones, de patear calles, despachos ministeriales y alfombras palaciegas, logró ver funcionar su Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, que fue ampliándose sucesivamente hasta ocupar la esquina de Claudio Coello y Juan Bravo donde hoy se alza una entidad bancaria y donde jóvenes que tienen hogar y familia, pero prescinden de ellos para sus momentos de ocio, pasan alegremente la tarde-noche de los fines de se-

mana. Ernestina se metió en lo que Galdós llamó el «cuarto estado», con semejanza a lo que hoy llamamos «cuarto mundo». Y lo hizo prácticamente sola. Se ayudó de jesuitas y sacerdotes diocesanos. Sobre todo contó con la colaboración de los Hermanos de Lasalle, necesaria desde que las religiosas con las que contó inicialmente se negaban a atender a los niños mayores de once años. Ernestina pensaba con razón que a esa edad no podían dejar el Asilo.

Aunque ésta fue la obra a la que nuestro personaje dedicó más tiempo, esfuerzo, interés y dinero, no fue su única contribución a la acción de la Iglesia. En sus años finales compró *La Ilustración Católica*, siendo también pionero como mujer en el mundo de la prensa católica.

Benito Pérez Galdós, pese a su soltería, tuvo trato íntimo y discreto con una amplia galería de mujeres. En sus novelas se comprueba que conoce muy bien el corazón femenino. Con todo, este personaje le descolocó. Es explicable: rompía moldes y aunaba ideales —fortísimo sentido social y religiosidad sincera— que interpelaban al novelista canario. No sólo le inspiró a quien en su mejor novela es quizá la protagonista por su función de puente entre dos mundos, entre las dos mujeres que componen su título. Además, cuando murió el personaje real, entre el silencio de otros liberales reticentes con la Iglesia, Galdós escribió un artículo —«Santos modernos»— significativo por la admiración que rezuma. Se reproduce al final del libro.

La santa de Galdós fue una seglar que se adelantó a su tiempo. *La santa de Galdós*, de P. M. Lamet, redescubre su figura, la enmarca en su contexto, aporta documentos inéditos y además ilumina el itinerario religioso de una figura señera de la cultura, Benito Pérez Galdós. Muchas cosas buenas, muy bien escritas además por quien ya tiene oficio en estas lides y escribe muy bien de temas religiosos, en pocas páginas.—RAFAEL M.<sup>a</sup> SANZ DE DIEGO, SJ.

V. CÁRCEL ORTÍ, *Pío IX. Pastor universal de la Iglesia*, Valencia, Edicep, 2000, 235 pp., ISBN 84-7050-600-5.

V. CÁRCEL ORTÍ, *Juan XXIII. Biografía espiritual del papa de la unidad y de la paz*, Valencia, Edicep, 2000, 275 pp., ISBN 84-7050-599-8.

El 3 de septiembre del año 2000 Juan Pablo II beatificó a Pío IX y a Juan XXIII. Con este motivo Edicep encargó a Mons. Vicente Cárcel dos breves biografías de los nuevos beatos. Ambas comienzan con un capítulo idéntico, en el que se establecen lo que hay de semejante y de diverso en ambos papas. Se pretende con ello señalar sus parecidos y diferencias y, sobre todo, el simbolismo pretendido por el Papa al unir ambas beatificaciones en el otoño del Año Santo.

La noticia de las dos beatificaciones se recibió, en la Iglesia y en la sociedad, con reacciones muy distintas. Se aplaudió la exaltación del Papa Roncalli y se criticó con dureza la del último Papa-Rey de los Estados Pontificios. Sin duda tuvieron escasa base bastantes de las razones de quienes se oponían a la beatificación de Pío IX. Tampoco era sólida la opinión de quienes consideraron que ambos pontífices repre-